

Review / Reseña

Taiano, Leonor. *Alabanzas sospechosas. Máscaras imperiales y posturas novohispanas en la corte de Gaspar de la Cerda*. Valencia: Albatros Ediciones, 2023. 327 pp.

Mariana C. Zinni

Queens College—City University of New York

Alrededor de un virrey, cualquiera sea, y sin importar el éxito o mal desempeño de su gobierno, surge un aparato retórico que va desde el pliego de nombramiento al juicio de residencia, e incluye el retrato oficial, su escudo de armas, los textos laudatorios compuestos para su recibimiento, certámenes poéticos que lo tienen como objeto y tema, cartas y memoriales. Todos estos escritos producidos por la ciudad letrada denotan encomios y alabanzas, lisonjas y panegíricos, pero también ciertas incomodidades y desavenencias, fruto de la convivencia forzada entre los criollos y las autoridades metropolitanas. Estos textos forman, en el caso analizado en este volumen, un corpus en torno al virrey Gaspar de la Cerda, octavo conde de Galve, y trigésimo virrey y capitán general de la Nueva España, quien gobernara entre 1688 y 1696. Leonor Taiano presenta en su libro *Alabanzas sospechosas. Máscaras imperiales y posturas novohispanas en la corte de Gaspar de la Cerda*, una minuciosa lectura de parte de este corpus, que llamará “galveano”, para estudiar las relaciones de poder y las huellas identitarias novohispanas propiciadas por el virrey y presentes en los escritos de los letrados criollos, con especial atención en los producidos por el reconocido polígrafo don Carlos de Sigüenza y Góngora. El estudio, producto de dos tesis doctorales cursadas en la Universidad de Notre Dame, Estados Unidos, y la Universidad de Tromsø, Noruega, está acompañado y refrendado por un comprensivo aparato

bibliográfico y archivístico que le otorga particular valor, sobre todo si interesa al lector seguir profundizando en los aspectos de la intelectualidad virreinal propuestos.

Para la autora, cuyo estudio mereciera el Premio Albatros 2023, la relación de mecenazgo entre el virrey conde de Galve y los criollos favoreció el surgimiento del barroco literario indiano. A su vez, sirvió para establecer determinadas coordenadas políticas y diplomáticas que hacen a la especificidad de la Nueva España como territorio ultramarino, así como también a la figura del virrey y su proyección como *optimus princeps*. En este sentido, tal como sostiene Taiano, es de notar en los textos relevados la “coexistencia entre la ‘utilidad’ que los letrados galveanos trataban de aportar al reforzamiento de las estructuras hegemónicas y a los sentimientos de pertenencia al suelo natal” (293).

Para demostrar esta coexistencia entre poder imperial e identidad local, Taiano analizará el corpus galveano en función de varios eventos, como la piratería inglesa, el contrabando local y el mercantilismo angloholandés, el interesante contexto político que la Guerra de los Nueve Años abrió en los virreinos, el motín de hambre de 1692, y las rebeliones en los límites del virreinato patentizadas en la “reconquista” de Nuevo México. También atañe a religiosidad contrarreformista en México, encarnada en la devoción Mariana—la Virgen de Guadalupe en su forma local, de la Merced o del Rosario, advocaciones profundamente ligadas a las tierras ultramarinas y a su vez ligada a la ideología imperial—acaecidos durante el conflictivo gobierno del conde de Galve. Los textos leídos en este volumen, entre ellos *Infortunios de Alonso Ramírez*, *Relación de lo sucedido en la Armada de Barlovento*, los “Epinicio gratulatorios”, *Alboroto y motín de los indios de México* y el *Informe que la Real Universidad y Claustro Pleno de ella de la Ciudad de México hace...sobre los inconvenientes de la bebida del pulque*, *Mercurio volante*, *Sermón fúnebre* y *Patrocinio de María*, servirán para ilustrar las máscaras y posturas ensayadas por los letrados novohispanos en su relación, por momentos problemática, con el poder virreinal, una “postura escritural que oscila entre el mantenimiento de las máscaras imperiales europeas y la apertura hacia los elementos que ofrece el espacio novohispano” (294).

Alabanzas sospechosas analiza en estos términos el ambiente cortesano dominado por el juego de máscaras políticas propiciadas por los artefactos retóricos y la ciudad letrada. En este ambiente, el virrey patrocina determinados textos para celebrar su poder local y a la vez, promover su figura en la corte matritense, o, en palabras del mismo Sigüenza, “Para que admiren no solo esta ciudad de México, sino aún las más distantes provincias, cómo ayuda el cielo al excelentísimo D. Gaspar

Sandoval, Cerda, Silva y Mendoza, conde de Galve y meritísimo virrey de Nueva España” (97). En *Infortunios*, por ejemplo, las figuras del “sufriente católico”, cara al contrarreformismo hispano, y del pirata inglés, sirven para representar la idea de un enemigo común al que se puede vencer a partir de la *Imitatio Christi* y del amor por la patria, virtudes cristianas que el virrey encarna y a la vez favorece en sus súbditos. La figura de la Virgen de Guadalupe, redentora de cautivos, será parte fundamental de esta narrativa anclada profundamente en una geografía postcolonial que permite incluso, gracias a la circulación de Ramírez, entrever los lejanos, y por momentos olvidados, límites del imperio, las Islas Filipinas, también bajo la égida del conde de Galve. Para notar el alcance del trabajo aquí reseñado, la autora analiza dos textos de temática similar, pero con intereses marcadamente diferentes. Presenta también la contracara de los infortunios sufridos por el puertorriqueño en manos de los piratas: *Piratas y contrabandistas de ambas Indias y estado presente de ellas*, escrito por Francisco Seixas y Lovera, enemigo personal del virrey. En este texto se describen los peligros de la piratería y trata de esclavos anglo-holandesa, pero sin incidir demasiado en cuestiones religiosas o morales, como sí lo hacía Sigüenza y Góngora, aunque marcando la corrupción de los funcionarios españoles en el comercio ilegal. Asimismo, Taiano explica cómo tales comentarios repercutieron sobre el patrocinio y publicación de la obra, y fue considerada en su momento una diatriba en contra del virrey en persona.

Alboroto y motín de los indios de México, al igual que el informe que prepara para la misma época la Real Universidad de México sobre la ingesta de pulque (1692), le servirá a Taiano para estudiar la figura del *pessimus civis* en relación con el vicio del pulque, los levantamientos indígenas y el desordenamiento de la urbe virreinal, y la posición del letrado novohispano como quinta columna del poder o defensor de un mejor ordenamiento civil. Sin dejar de lado la perspectiva de género, atiende a la situación de las indias pulqueras en la revuelta, mujeres de extracción indígena y popular que producen el pulque pero que no lo consumen, lo que las convierte en sujetos productivos, pero no viciosos, del territorio. Esta revuelta, conocida como “motín del hambre de 1692”, y originada en zonas rurales con la excusa del aumento del precio de los granos—pero cuyo germen apunta a algunas reformas surgidas de la administración virreinal y dirigidas a las clases populares: la prohibición del consumo de pulque, la regulación de los temazcales y la supresión del mercado de Baratillo—deja secuelas mayores en la ciudad de México. Los grupos sediciosos atacaron el palacio virreinal, las casas del cabildo y parte del mercado de la Plaza Mayor, que

fueron incendiados y destruidos por la plebe alzada. Tal ataque fue sin dudas dirigido a los símbolos del poder político y económico.

Para Sigüenza y Góngora, los malos indios que llevaron a cabo estas revueltas, serán los adversarios a vencer, puesto que encarnarían al enemigo interno que considera la dominación española como ocupante extranjera de las tierras mexicanas. En contraposición, el buen accionar del conde de Galve—establecido solo de manera retórica en el relato, pues el virrey no tomó acción directa en los hechos, sino que permaneció en la iglesia de San Francisco—fue fundamental para terminar con la revuelta. En este sentido, el aparato textual concebido alrededor de la figura de Gaspar de la Cerda, no solo oblitera algunos hechos provocando la antipatía criolla hacia las masas indígenas y magnificando la figura del virrey, sino que, sobre todo, posiciona al letrado criollo como “cronista calificado y garante del relato” (134). De la misma manera, el informe elaborado por el claustro universitario apelará a la idea de vicio, conversión religiosa imperfecta y necesidad de ordenamiento civil para apoyar, con argumentos políticos y religiosos, la prohibición de la consumición de pulque, pese al detrimento económico que supusiera para las arcas de la ciudad, ya que la venta de tal bebida contribuía con altos impuestos. El virrey será el guardián del vicio, y el garante de la *policía* gracias a su condición de buen gobernante y sus características personales, como la gracia, la honra, y, sobre todo, su alta nobleza rastreada hasta los valientes troyanos, enunciada en otros textos.

Por último, me detendré brevemente en las líneas principales del análisis de *Mercurio volante* (1693). Al igual que en *Infortunios*, Sigüenza y Góngora, cosmógrafo al fin de cuentas, marca una vez más los bordes del virreinato, esta vez el norte, Nuevo México, como sitio de revueltas, rebeliones y desavenencias religiosas representadas transversalmente en la presencia de los indígenas sediciosos, pero también resalta la presencia de los criptojudíos establecidos en la zona desde mediados del siglo XVI, en especial, en el Reino de Nuevo León, donde se afincara la célebre familia Carvajal. La campaña de Diego de Vargas, emparentada retóricamente con la idea de “reconquista” territorial pero también religiosa, sirve al letrado novohispano para ilustrar una vez más los méritos galveanos. La manera en que el letrado criollo presenta al gobernador de Santa Fe incide en la representación positiva del virrey, puesto que éste se convierte en guía y buen capitán de hombres. Vargas no será un soldado cruel y violento que no se detenga a pensar en los abusos de poder cometidos, como podría suponerse o leerse en otras crónicas de los eventos, sino este Mercurio, mensajero del poder, que aplaca los peligros de una nueva revuelta en la frontera

norte. Retratado positivamente como un soldado de paz, *optimus civis* patrocinado por Galve, no hace más que ensalzar la posición de este último como buen gobernante que atiende a cierta reciprocidad entre su misión como virrey y su labor en el esquema imperial hispano. Una vez más, estamos ante una obra abiertamente propagandística que, a través de diferentes artilugios retóricos y figuras del lenguaje, apoya la institución virreinal y el proyecto de expansión territorial que ella conlleva.

No quiero dejar de mencionar el sofisticado análisis que hace Taiano de los paralelismos entre las figuras del conde de Galve y Carlos II, el hechizado, presentados en *Sermón fúnebre* y “Fúnebres ecos”, que formaron parte de los rituales funerarios compuestos en torno al cenotafio levantado en honor a los soldados españoles caídos en guerra. Pese a las evidentes diferencias físicas entre ambos gobernantes, este estudio propone que, en la concepción del túmulo fúnebre, el rey español se presentaría como mediador entre el cielo y la tierra, *optimus princeps* que garantiza el descanso eterno de sus súbditos y el recuerdo de sus gestas, frente a Gaspar de la Cerda, promotor y constructor del sepulcro en la nobilísima ciudad de México, y por ende, facilitador del deseo regio. Ambas imágenes, sostiene la autora apoyándose en Víctor Mínguez, son fabricaciones retóricas, solo posibles gracias al aparato textual que florece en torno al conde de Galve. Una vez más, este estudio señala el hecho de que los artefactos producidos para este evento por letrados criollos y, en tierras novohispanas, “ponen en relieve la legitimidad de la monarquía española” (259), marcando la simbiosis del poder.

En suma, el estudio de estos textos—de los que he señalado algunos para no extender demasiado esta reseña—cercano a un *close reading* con numerosas citas ilustrativas y de interés, permite acceder a la relación producida entre el patrocinador y los patrocinados, así como también desentrañar ciertas estrategias discursivas y de relaciones de poder. Leemos así las intenciones autopropagandísticas del virrey, pero que también sirven a los intelectuales criollos, en especial a Sigüenza y Góngora, quien afirma su conflictiva relación con el poder a partir de cierta fluctuación en la manera en que narra eventos fundamentales, o hace uso particular de diferentes metáforas para presentar logros y aciertos del virrey según el contexto. Además, interesa la manera en que el principal cronista galveano se inserta en la ciudad letrada en relación con los otros productores de textos. Como bien anota Taiano, “el corpus *galveano* sigue el esquema de mecenazgo en todas sus vertientes, pues los escritores bajo su patrocinio acuñan mitos y símbolos de larga duración...para justificar su autoridad” (23). El resultado, cierta ficcionalización de la figura del virrey, carnadura del *optimus*

princeps reinando sobre *optimus civis* mientras defiende las posesiones de la corona española de los *hostis* o *pessimus civis*. El accionar del conde de Galve, su gracia, piedad y benignidad, lo hace un sujeto probo, un príncipe cristiano, buen gobernante a imitar, sobre todo, en relación con sus supuestas virtudes. Sin el apoyo retórico de sus letrados, el virrey hubiera visto peligrar su sobrevida política. Esta relación simbiótica sirvió, como ya hemos mencionado, también a los criollos para situarse en el todavía inestable ámbito intelectual, y comenzar a delinear una identidad novohispana en ciernes, y fuertemente anclada en una posición escrituraria e intelectual a la sombra del poder virreinal.